

# IDEOLOGÍA DE GÉNERO, LEGISLACIÓN Y OPINIÓN PÚBLICA

Alejandro Navas García  
Profesor de Sociología  
*Universidad de Navarra (España)*  
[anavas@unav.es](mailto:anavas@unav.es)

## Introducción

Febrero de 2007: Drew Gilpin Faust se convierte en la primera Presidenta de la Universidad de Harvard. La profesora Faust es historiadora, y durante los seis años anteriores había dirigido el Radcliffe Institute for Advanced Study, dedicado de modo preferente a la investigación sobre la mujer y el género. En su primera rueda de prensa tras la toma de posesión, formuló con claridad sus prioridades: hacer más fluidas las fronteras entre las diversas disciplinas y promocionar a los miembros de las minorías protegidas. Ha habido que esperar 374 años para que hubiera una mujer al frente de la prestigiosa universidad, pero Harvard no constituye ni mucho menos una excepción: en ese momento, cuatro de las ocho universidades que integran el exclusivo club de la Ivy League estaban gobernadas por mujeres.

Lo ocurrido en Estados Unidos no es un hecho aislado. Podemos saltar al corazón de Europa, a la Universität für Musik und darstellende Kunst de Viena, donde casi en esas mismas fechas se ponía en marcha una cátedra dedicada a los Gender Studies, llamada a colaborar estrechamente con el “Vicerrectorado para promoción de la mujer” y con el “Grupo de trabajo sobre igualdad” en la promoción de la docencia y la investigación sobre una materia que la Universidad considera prioritaria. Por este motivo, anuncia el refuerzo de los estudios de género en todas sus disciplinas. Podríamos documentar esta tendencia con

abundantes casos similares, observables en casi todos los países occidentales, pero terminó este rápido espiguelo con la decisión del Ministerio de Medio Ambiente del Gobierno regional de Renania–Westfalia: encargar a una consultora un estudio sobre la didáctica del bosque desde la perspectiva del género (hay que tener presente el destacado papel del bosque en el imaginario social alemán), con un presupuesto de 35.000 euros.

La actual posición hegemónica de la ideología de género no se limita al ámbito académico, sino que afecta a toda la sociedad. España -que en tantas ocasiones sirve a Chile de ejemplo para la legislación e implementación de políticas públicas<sup>1</sup>- ha desempeñado un papel pionero en el desarrollo de esta agenda durante la presidencia de Rodríguez Zapatero (2004-2011). “Madrid se ha convertido en una capital de la libertad de los seres humanos y de la libertad sexual”, podía afirmar con justicia la entonces ministra de Cultura, Carmen Calvo, momentos antes del inicio de la marcha del Orgullo Gay en Madrid<sup>2</sup>. Pocos días después se celebraba en Barcelona la segunda edición catalana del festival Loveball, que reunió a cerca de 30.000 homosexuales. Las entusiastas declaraciones de los visitantes extranjeros permitían subtítular al diario *El Mundo*: “Gays de Europa y América ven en las ciudades españolas los epicentros del ambiente”<sup>3</sup>.

No hace falta realizar un minucioso análisis del contenido de los medios de comunicación occidentales durante los últimos años para comprobar que hay un tema estrella, tanto de la información como de la ficción, omnipresente en las páginas de diarios y revistas y en todo tipo de programas radiofónicos o televisivos –ficción, informativos, *late night shows*, *talk shows*, *magazines*, series de ficción nacionales o extranjeras e incluso en los *Lunnis*–: la problemática del género y, más en concreto, la homosexualidad.

En la televisión ya nos hemos acostumbrado a no ver más que representantes del colectivo GLBT (gays, lesbianas, bisexuales, transexuales) inteligentes, honestos, sensibles, generosos, frente a heterosexuales despreciables y sin educación. Esta focalización podría no ser más que una expresión lógica de la sexualización de todos los ámbitos de la vida que afecta a Occidente, perceptible de modo especial en los sectores de la comunicación y del entretenimiento. Y como esos mismos medios se han vuelto cada vez más sensibles a las demandas de sus lectores y audiencias, por la propia evolución del mercado de la comunicación, que da un peso creciente a la demanda frente al anterior mayor protagonismo de la oferta, sería lógico suponer que el público exige con avidez ese tipo de contenidos, tal vez para compensar tantos decenios de abstinencia forzosa. Estaríamos ante una nueva manifestación del movimiento pendular que parece caracterizar nuestra evolución social. Pero los datos de la investigación empírica no avalan esta hipótesis. Cuando el barómetro del CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas) pregunta mes a mes a los españoles por los temas que les preocupan, lo relativo a la homosexualidad y al género no aparece siquiera en la lista con la treintena de asuntos mencionados en las respuestas de la muestra. Y algo similar ocurre en tantos otros países.

¿Cómo se explica este desfase entre la agenda de los medios y las preferencias e intereses del público? Cuando los representantes de los medios hablan de sí mismos, suelen presentarse como el “espejo de la sociedad”, a modo de notarios que se limitan a levantar acta del acontecer social. Este papel, investido además de una noble aureola ética, les obligaría a mostrar también el lado sombrío de nuestra realidad social, lo que justificaría la deriva de la programación hacia el morbo y la basura. No hacerlo, nos dicen, sería incluso una falta de responsabilidad. Confrontar al público con los aspectos más terribles de nuestra condición ayudaría a suscitar los necesarios debates para encontrar así la solución de esos problemas. Parece claro que estas circunstancias no concurren en el caso de la homosexualidad. Aquí los medios se emplean muy a

fondo, con abundantes recursos materiales y personales, para mantener en la agenda pública un asunto por el que la gran mayoría de la gente no muestra interés.

Resulta obligado admitir que esa coincidencia mayoritaria, observable además en medios informativos con perfiles empresariales e ideológicos bien diversos, no es casual y se debe a la labor eficaz de *lobbies* muy bien organizados, sobre todo en Estados Unidos. Al margen de la importancia objetiva de este problema, el estudioso de la comunicación se encuentra aquí ante un fenómeno casi paradigmático para observar la génesis de la opinión pública. Una cuestión clásica en este contexto, del tipo de problemas que vertebran cualquier disciplina científica, se pregunta si la opinión pública se genera por la actividad de unos pocos e influyentes actores, colectivos o individuales –intelectuales, políticos, empresarios, artistas–, o bien emerge a partir de miles de interacciones producidas en la calle. Este segundo modelo explicativo parecería el más propio de sociedades masificadas y altamente complejas como las nuestras, en las que ningún actor individual, aunque se llame Rupert Murdoch o Silvio Berlusconi, tendría la capacidad de manipular a millones de ciudadanos. Como casi siempre que nos encontramos ante ese tipo de interrogantes radicales, la respuesta más plausible suele estar en una vía media, con eventuales desplazamientos hacia uno de los extremos en función de las circunstancias.

En el caso de la ideología de género estamos en condiciones de describir con bastante precisión la influencia de unos pocos actores que, además de aprovechar un clima cultural propicio para la difusión de esos nuevos valores y modelos de conducta, han sabido idear y aplicar una estrategia de opinión pública muy eficaz, que ha conseguido en poco tiempo investir a las diferentes manifestaciones de la ideología del aura de la más consolidada corrección política: quien se atreva a poner en cuestión su vigencia corre el peligro de verse condenado al ostracismo social o incluso a la cárcel en sentido físico<sup>4</sup>.

## **El imperio de la corrección política: Prohibido criticar a Daniela**

No resulta fácil explicar en general la manera en que la corrección política ejerce su reinado sobre las conciencias de los actores implicados, así que ilustraré este fenómeno con el caso de Daniela Matijevic, ocurrido recientemente en Alemania.

Nacida en Croacia en 1975, Daniela Matijevic crece en Alemania. Una vez terminada la enseñanza secundaria, se alista en el Ejército, en el cuerpo de Sanidad. En 1999 es enviada a Kosovo, donde pasará cuatro meses. Trabaja de sanitaria, dedicada a labores de rescate, y también como intérprete. Regresa a Alemania y, al cabo de cuatro años de permanencia en el Ejército, abandona la milicia. Marcada por la experiencia de Kosovo, muestra síntomas atribuibles al estrés postraumático: dolores de cabeza; insomnio; dificultades para la concentración. Los diversos tratamientos médicos no consiguen aliviar su sufrimiento. Lógicamente, este cuadro le impide reintegrarse con normalidad a la vida civil. Intenta estudiar Medicina, con la ilusión de llegar a ser anestesista, pero no consigue avanzar. Debe renunciar a su sueño profesional y sigue sin dar con un trabajo estable.

Pasan los años y después de varios intentos por encauzar su vida, Daniela tiente la suerte como escritora. Redacta el borrador de una novela, inspirada en buena medida en su experiencia kosovar. Como es característico en casi todo escritor primerizo, vuelca ahí gran parte de su propia peripecia biográfica. La editorial le sugiere que convierta la novela en un relato de no ficción, con aire de reportaje. Así lo hace, y en 2010 ve la luz *Hubiera podido vivir con el infierno*. El libro encuentra un éxito inmediato. Refleja de modo vivo los horrores de la guerra, con escenas terribles. Aparte de los inevitables asesinatos y violaciones de niños, cuenta, por ejemplo, cómo los integrantes de su unidad se vieron obligados a matar a un perro y a comérselo, acuciados por el hambre.

La autora se hace muy popular y los medios de comunicación se pelean por entrevistarla. Se convierte enseguida en una invitada habitual de *talk shows* y *magazines*. Como escribió el periódico *Hamburger Abendblatt*: “Posiblemente su libro resulta tan emocionante porque la autora es una mujer, y desde su perspectiva femenina la guerra parece todavía más brutal”.

Tanto ruido llama la atención de gente que también estuvo en Kosovo en esa época, que no tarda en denunciar el carácter ficticio de esos tremendos episodios. Además de las fabulaciones, hay en el texto numerosos errores de bulto, como, por ejemplo, convertir en católica la población de Serbia. Lo mismo vale para sus alusiones de tipo histórico, que revelan un profundo desconocimiento de la realidad de los Balcanes. Parece que, al final, Daniela no consiguió saltar limpiamente de la ficción a la realidad.

El escándalo debería haber estado servido, pero las críticas se contienen. En opinión del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, el diario que denunció el fraude, este sospechoso silencio se debe a la triple condición de la autora: mujer, inmigrante y lesbiana. Todo el que se atreva a poner en evidencia su montaje se expone, por tanto, al triple reproche de machismo, xenofobia y homofobia: demasiado atentado contra la corrección política. Entretanto, Daniela ha sido desplazada a un segundo plano, no por la verdad, sino por otros acontecimientos de actualidad, como el terremoto en Japón, las revueltas en el Norte de África o la crisis económica.

¿Cómo se explica que una farsante como Daniela Matijevic pueda llegar a convertirse en una especie de oráculo, venerado por la intelectualidad alemana? La vigencia de esos estereotipos, conformadores de la “corrección política”, no resulta exclusiva de Alemania. Se observa de parecida manera en todos los países occidentales. Una especie de ley no escrita indica lo que se puede o no se puede decir. En ocasiones, esas leyes sí que se promulgan. Por ejemplo, en esa

dirección apuntaba la “Ley integral para la igualdad de trato y la no discriminación”, que el Gobierno español no tuvo tiempo de presentar en el Congreso debido al adelanto de las elecciones generales. El texto del anteproyecto despedía un inequívoco tufo censor. Al paso que vamos, atreverse a decir que el emperador va desnudo, como en el cuento de Andersen, puede llegar a convertirse en una gesta heroica.

Para entender el presente estado de cosas resulta necesario dirigir una mirada a la historia.

### **Orígenes de la ideología de género**

Sin olvidar a Freud, Mead, Reich o Marcuse como antecedentes de referencia obligada, podemos decir que casi todo empieza en 1949, cuando Simone de Beauvoir publica *Le deuxième sexe*. Se trata de una obra voluminosa, dividida en dos partes que salieron a la calle en mayo y octubre, respectivamente. La segunda comienza con la frase que se ha convertido en el lema del moderno feminismo y de la ideología de género: “*On ne naît pas femme: on le devient*”<sup>5</sup>. La autora afirma a continuación que es el conjunto de la civilización quien elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado que llamamos mujer<sup>6</sup>.

Está clara la voluntad emancipadora y rupturista que inspira esa carta magna de la fase contemporánea del movimiento liberador de la mujer, pero según una denominación ya convencional, se puede decir que el planteamiento de Simone de Beauvoir sigue siendo moderno y todavía no es posmoderno. “La división de los sexos es en efecto un dato biológico, no un momento de la historia humana”<sup>7</sup>. La naturaleza está ahí, a disposición del hombre, pues la ciencia es tanto conocimiento como poder, dominio. A título de ejemplo mostraré ese talante en ejercicio en el capítulo titulado *La mère*<sup>8</sup>: “Desde hace más o menos un siglo, la

función reproductora ya no está regida por el mero azar biológico, sino que está controlada por las voluntades”<sup>9</sup>. Vemos en acción a la modernidad típica, fáustica y prometeica, que no se somete de modo pasivo a la realidad natural, sino que se propone dominarla y explotarla al servicio de fines que ya tampoco son naturales. En términos rousseauianos, *l’homme de l’homme* se impone sobre *l’homme de la nature*: la cultura somete a la naturaleza. Este horizonte ya estaba explicitado en el programa de la ciencia moderna formulado por Francis Bacon.

Piedra angular de la ideología de género es la diferenciación entre sexo y género. Mientras que el sexo designa la realidad biológica, el género es una construcción cultural. La lógica del movimiento ha llevado a que en nuestros días se haya incrementado la relevancia de la dimensión cultural a expensas de la natural: casi la totalidad de las determinaciones que denominamos sexuales tendrían un origen cultural y serían, por tanto, meras convenciones, algo construido. Un breve repaso a la génesis de la noción de “identidad de género” puede ayudar a entender esta evolución.

La formulación de los conceptos de “identidad de género” y de “rol de género” se atribuye al psiquiatra John Money. Nacido en 1921 en Nueva Zelanda, hizo su carrera en Estados Unidos. Se doctoró en Harvard con una investigación sobre el hermafroditismo, que, junto con la transexualidad, sería el tema central de su actividad terapéutica, docente e investigadora el resto de su vida (murió en 2006). Una vez doctorado, se incorporó al más prestigioso centro médico estadounidense, Johns Hopkins University. Desde mediados de los años cincuenta Money sostiene que la sexualidad es psicológicamente indiferenciada en el momento de nacer y se vuelve masculina o femenina en el curso de las variadas experiencias del desarrollo.

Money era toda una personalidad: brillante, trabajador incansable, dominador de la retórica y del lenguaje de los medios, jefe autoritario e implacable,



que no toleraba crítica alguna a su labor, y se lanzó enseguida con el celo del visionario a una especie de cruzada contra la moral tradicional victoriana. Se convierte en un ardiente defensor y promotor de las prácticas menos convencionales, por expresarlo con suavidad: sexo en grupo, bisexualidad, los así llamados *fucking games* para niños; comportamientos que todo el mundo solía considerar perversiones graves, como el asesinato con estupro, no le parecen más que simples parafilias, es decir, preferencias que se apartan sin más de la normalidad estadística.

La energía empleada en defender su causa y su notable capacidad persuasiva convencieron a las autoridades de la Johns Hopkins, que abrieron la Gender Identity Clinic, la primera del mundo en practicar la reasignación quirúrgica de sexo en adultos. Esa praxis se extendería rápidamente por otros países occidentales. Ayudó a su difusión el cambio en el clima de opinión pública llevado a cabo en Occidente. Después del predominio de tesis biologists deterministas, que formaron el caldo de cultivo de políticas racistas y eugenésicas en diversos países –y no solo en la Alemania nazi–, el terreno estaba abonado para una nueva orientación de la cultura, en la que se subrayaría la importancia del ambiente social frente al determinismo anterior. Las propuestas de Money encajaban plenamente en este nuevo contexto cultural. Pero su<sup>o</sup> avance no se pareció en absoluto a un paseo triunfal, ya que sus tesis también encontraron críticas en la comunidad científica y médica. En el momento en que la controversia era más intensa, Money creyó que podía presentar a la comunidad científica un caso definitivo para probar la validez de su teoría, el de los hermanos Reimer, dos gemelos monocigóticos. Uno de ellos perdió el pene al ser operado de fimosis cuando tenía seis meses, y Money convenció a sus padres para que fuera educado como niña, para lo que se le practicó también la oportuna cirugía. De esta forma, Money confiaba en mostrar cómo la biología era irrelevante frente a la influencia de la cultura y la educación –sin renunciar a la cirugía y a las hormonas, por supuesto–: tendríamos dos individuos con idéntico equipamiento genético,

educados uno como varón y otro como mujer. El tratamiento se prolongó durante trece años y acabó en un clamoroso fracaso<sup>10</sup>, que Money se negó a aceptar y procuró enmascarar hasta el final de su vida. A partir de 1980 Money dejó de citar el caso Reimer en apoyo de su postura, pero continuó defendiendo la reasignación de sexo en general, y, de modo particular, en los casos de lesión o pérdida del pene. Los escándalos se multiplicaron y la Johns Hopkins cerró la clínica de Money. Hoy ya nadie sigue sus propuestas para el tratamiento de la intersexualidad<sup>11</sup>.

En los años sesenta y setenta Money se convirtió en estrecho aliado y en coartada científica de los movimientos feministas y homosexual<sup>12</sup>, y lo más notable es que hasta el día de hoy sigue siendo una de las principales “fuentes científicas” invocadas por los representantes de la ideología de género en la justificación de sus posiciones. Si se procede con esa falta de rigor, no sorprende que los activistas del género se apoyen de igual modo en los trabajos de Kinsey, a pesar de su probada inconsistencia metodológica, que priva de todo valor a sus polémicas conclusiones.

Una de las más encarnizadas batallas en torno a la manera de entender y vivir la sexualidad se libró durante ese tiempo en la psiquiatría norteamericana. Hoy conocemos los entresijos del auténtico golpe de mano –una operación diseñada y financiada por la NGTF (National Gay Task Force)– que llevó a cabo el *lobby* homosexual para mover a la junta directiva de la APA (American Psychiatric Association) a dejar de considerar la homosexualidad como una patología, por lo que no me detengo en este punto.

### **El movimiento *gay* toma la iniciativa**

En un clima de opinión cada vez menos adverso, el movimiento homosexual se crece y pasa al ataque. En febrero de 1988 se reúne en Warrenton

(Virginia) una “Conferencia de guerra” a la que asisten 175 activistas representantes de organizaciones de todo el país. En esa cumbre se adopta una estrategia que dos de los participantes, el neuropsiquiatra Marshall Kirk y el experto en *marketing* Hunter Madsen, pusieron a continuación por escrito<sup>13</sup>. Los objetivos eran ambiciosos: abandonar las técnicas utilizadas hasta el momento por el activismo *gay*, propias de una actitud más bien defensiva, y aplicar de modo consecuente los recursos de la propaganda y de las relaciones públicas para llevar a cabo una auténtica revolución que derrote de modo definitivo la moral tradicional, conservadora y mojigata. Desde el punto de vista del *marketing* y de la opinión pública, la estrategia y su aplicación constituyen un ejemplo insuperable de inteligencia y eficacia.<sup>14</sup>

Enumero de modo telegráfico algunos puntos centrales de la estrategia:

–Difundir la idea de que el 10% de la población es homosexual. Es más: “Una sociedad que niegue que el diez o incluso el veinte por ciento de la población experimenta fuertes inclinaciones homosexuales, y que construya sus leyes y valores sobre esa mentira, está gravemente enferma”.

–Plantear de modo incansable el tema de la homosexualidad en todo tipo de foros públicos y conversaciones privadas, de modo que la gente se rinda por aburrimiento y cansancio y acabe por acostumbrarse y deje de reaccionar: estrategia de la saturación.

–Mostrar a destacados personajes históricos, que tienen un valor ejemplar, como homosexuales (reales o supuestos). Animar a homosexuales célebres a mostrarse en público como tales.

–Presentar la homosexualidad como algo de nacimiento, genético. Los homosexuales no serían, por tanto, responsables de su orientación sexual. De ninguna manera la homosexualidad debe aparecer como resultado de una elección libre, lo que daría argumentos a los adversarios.

–Presentar a los homosexuales como víctimas. Más que de defender sus derechos, se tratará de combatir la discriminación de la que son objeto. En general, la lucha contra cualquier forma de discriminación será mejor acogida por la opinión pública. De esta forma, el movimiento homosexual participaría del ideal emancipador que, a lo largo de los últimos dos siglos, ha conseguido la progresiva liberación de colectivos oprimidos: esclavos, indígenas colonizados, negros, mujeres, discapacitados.

–Demonizar a los enemigos de la homosexualidad, para lo que cualquier recurso será admisible: alinearlos con el Ku–Klux–Klan, el nazismo o el antisemitismo. Mostrar cómo en los campos de concentración nazis los homosexuales corrieron la misma suerte que los judíos. Lanzar la etiqueta de “homofobia” como estereotipo negativo para descalificar a los enemigos de la homosexualidad.

–Neutralizar a las iglesias o grupos religiosos opuestos a la homosexualidad, a los que habrá que presentar como reaccionarios y anclados en el pasado, enemigos de la ciencia y del progreso. Buscar la división de esos grupos religiosos, enfrentando a liberales con conservadores. Ya hay experiencia en Estados Unidos sobre cómo movilizar alianzas antirreligiosas, tal como se hizo en las batallas a favor del divorcio y del aborto. Habrá que repetir la experiencia en el caso de la homosexualidad. En el contexto religioso adquiere prioridad la lucha contra la clásica distinción, propia de la moral cristiana, entre pecado y pecador. El cristianismo enseña a rechazar el pecado y a respetar e incluso amar al pecador, pues solo Dios sabe lo que pasar en el fondo del corazón de cada uno –*de internis neque Ecclesia*, según el adagio clásico–. Esa distinción resulta inaceptable para el activismo *gay*: quien está en contra de la homosexualidad se convierte de modo automático en enemigo de los homosexuales.

–En la propaganda gráfica será conveniente, al menos en la primera etapa, recurrir a imágenes de lesbianas atractivas, que caerán mejor a la gente.

–Dar siempre una imagen positiva y atractiva del estilo de vida homosexual. Esto implica, como es obvio, omitir toda referencia a los frecuentes problemas y

trastornos asociados a esa forma de vida: patologías psiquiátricas –con especial incidencia de depresiones y neurosis–, enfermedades de transmisión sexual derivadas de la promiscuidad, violencia doméstica (que entre los convivientes del mismo sexo es significativamente mayor que entre los de sexo opuesto), elevado consumo de drogas y alcohol. Un reciente informe de los CDC (*Centers for Disease Control*), publicado en septiembre de 2010<sup>15</sup>, vuelve a confirmar que los *gays* son el 2 % de la población estadounidense, pero representan el 61 % de las nuevas infecciones del VIH (datos de 2006 a 2009). De hecho, el único grupo en el que aumentan las nuevas infecciones de sida es el de los homosexuales jóvenes. Una tendencia similar se observa en otros países occidentales. Parece que la eficacia de los nuevos tratamientos farmacológicos (retrovirales), que permiten detener y controlar los avances de la enfermedad, ha llevado a los homosexuales a confiarse y a bajar la guardia. Las consecuencias patológicas del estilo de vida homosexual no se limitan al sida, sino que afectan también a otras enfermedades. La revista *Cancer* informa (mayo de 2011) de los datos recogidos de 120.000 californianos, que revelan cómo los homosexuales registran el doble de casos de cáncer que los heterosexuales, lo que se atribuye a la alta prevalencia del cáncer anal entre los primeros. Esta breve muestra de informaciones médicas ilustran que, en realidad, el ambiente homosexual está con demasiada frecuencia impregnado de sordidez, a pesar de las imágenes que se nos venden en esas operaciones de *marketing*, de forma que la denominación *gay* no deja de ser un sarcasmo<sup>16</sup>.

La aplicación de esta estrategia se ha llevado a cabo de forma sistemática y consecuente, para lo que ha sido decisiva la actividad de diversas organizaciones. Entre las más significadas se puede destacar las siguientes:

–Human Rights Campaign (HRC). Con 400.000 miembros, es el mayor *lobby* homosexual norteamericano. Actúa de modo preferente en el ámbito político y su objetivo principal es la “educación” del Congreso estadounidense. Promueve

la legislación contra la homofobia, la protección de las “familias homosexuales”, la promoción de la salud de las lesbianas que viven solas, etcétera. También dedica cuantiosos recursos a la formación de activistas.

–Gay and Lesbian Alliance Against Defamation (GLAAD). Se trata del principal *lobby* homosexual que trabaja en el mundo de la comunicación y del entretenimiento. Muy influyente en Hollywood. También prepara a otras organizaciones y a activistas individuales en el manejo de la opinión pública. Se la considera el *lobby* más influyente en la opinión pública estadounidense. Entre otras cosas, vigila de modo permanente la presencia de personajes homosexuales en las series televisivas estadounidenses. Sus informes anuales son tenidos muy en cuenta por la industria televisiva, pues ninguna cadena quiere correr el riesgo de una censura por parte de un *lobby* tan poderoso<sup>17</sup>.

–National Gay and Lesbian Task Force (NGLTF). Se concentra en el trabajo de base, de acuerdo con el principio de que el futuro pertenece a quien consiga ganar a los niños para su causa.

–Parents, Families and Friends of Lesbians and Gays (PFLAG) y la red Gay, Lesbian and Straight Education Network (GLSEN). Prolongan la línea de acción de la anterior y trabajan sobre todo en el ámbito educativo, con profesores y alumnos de todos los niveles de enseñanza.

–Lambda Legal Defense and Education Fund, organización paralela a la American Civil Liberties Union (ACLU), pero centrada de modo exclusivo en la defensa de los intereses homosexuales.

### **Configuración de una nueva realidad**

No resulta sencillo hacer un balance de lo alcanzado en estos veinte años largos, ni siquiera para el ámbito de países aislados, pero lo logrado ha sido mucho. En más de un sentido, la realidad social de algunos de estos países ha cambiado de modo sustancial: nuevas leyes, nuevas políticas, nuevos contenidos en la educación, nuevos valores y modelos. Estamos asistiendo tanto a una

gigantesca “salida del armario” como a la generación de una nueva realidad. La España de Zapatero ha constituido un interesante botón de muestra, a la vez que laboratorio social donde se han probado recetas que luego se han exportado a otros países. Ahí están las actuaciones del Gobierno central o de algunos autonómicos como el catalán o el andaluz.

Al hacer balance de sus primeros cuatro años de legislatura, el Presidente Rodríguez Zapatero se enorgullecía de haber impulsado una de las más prodigiosas “ampliaciones de derechos” que se recuerdan en la historia de la humanidad. En una entrevista concedida unos meses antes de terminar su mandato, se le preguntaba por el logro del que se sentía más orgulloso. No tuvo que pensar demasiado: -“El matrimonio homosexual”. La conciencia pionera era compartida por sus ministros. Por ejemplo, el de Sanidad, Bernat Soria, presentaba el programa Robin, que proporcionará a través de la red información sobre el sexo a aquellos jóvenes que prefieran preguntar sobre estos temas “en la intimidad, desde el anonimato y sin pasar vergüenza”, como un “instrumento pionero en Europa y en el mundo”<sup>18</sup>. Es curioso el afán de los gobiernos por aparecer como los primeros de la clase. Seguro que ponerse a la cabeza del mundo en la eliminación de los viejos tabúes relativos al sentido del pudor y de la vergüenza resulta mucho más fácil que destacar en el registro de patentes científicas e industriales. De todos modos, no conviene dejarse impresionar por ese “incontenible avance”, más aparente que real. En noviembre de 2011, de los 192 países reconocidos ante la ONU (más otros diez no integrados oficialmente en la organización), tan solo diez admiten el matrimonio entre personas del mismo sexo (a los que hay que añadir algunos estados de México y de Estados Unidos).

¿Qué se pretende con estas políticas? ¿Cuál es el sentido último de la revolución preconizada en el manifiesto emanado de la cumbre de Warrenton? ¿Se trata de la ampliación de derechos proclamada por nuestro Presidente de Gobierno? En parte sí, pero considero que el logro de algunos derechos no es

más que una meta parcial, casi una cortina de humo. La realidad es que los homosexuales tienen muy poco interés en casarse entre sí, allí donde la ley lo permite, y España no ha sido una excepción a este respecto<sup>19</sup>. Etablir relaciones monógamas estables no suele ser un objetivo prioritario para ellos. Por lo general, tampoco les interesa adoptar. De lo que se trata en el fondo, más allá de debates jurídicos de detalle, es de suprimir la idea de normalidad, de eliminar la realidad de una naturaleza independiente de nuestra voluntad<sup>20</sup>. Las reivindicaciones homosexuales se dan aquí la mano con una vieja aspiración que está en el núcleo de la cultura moderna: el dominio absoluto, tanto de la realidad física como de la social y ahora también de la personal. No hay nada que merezca respeto y consideración, todo debe quedar disponible, manipulable según nuestro capricho. Judith Butler, una de las más destacadas pensadoras actuales del género, lo dice de modo inequívoco: “La teoría *queer* se opone a toda reivindicación de identidad, incluyendo la asignación de un sexo estable”<sup>21</sup>. Aceptar una identidad, aunque fuera construida al modo de Money, constituiría una esclavitud intolerable. Como resultado de la deconstrucción del género, un concepto clave será ahora el de “transición”. La identidad de género no está dada de una vez por todas, sino que puede cambiar de modo constante. “La tarea de la política internacional de *gays* y *lesbianas* es nada menos que rehacer la realidad, reconstruir lo humano y negociar los términos de lo que se considera habitable y lo que no”<sup>22</sup>.

No nos encontramos tan solo ante un debate académico ajeno a los intereses prácticos del gran público. Ilustra muy bien lo que estoy diciendo el modo en que Butler afronta las implicaciones del diagnóstico de GID (Gender Identity Disorder): “Recibir el diagnóstico de GID es ser considerado malo, enfermo, descompuesto, anormal, y sufrir cierta estigmatización. Por ello, algunos psiquiatras y activistas “trans” han argumentado que la diagnosis debería ser completamente eliminada, que la transexualidad no es un trastorno y que no debería ser concebida como tal, y que debería entenderse a los trans como personas comprometidas con una práctica de autodeterminación, personas que



ejercen su autonomía. Así pues, por una parte el diagnóstico continúa valorándose porque proporciona una forma económica de transicionar (permite que el seguro médico financie la intervención quirúrgica, n. d. a.). Por otra, la oposición es firme porque el diagnóstico continúa considerando como un trastorno patológico lo que debería concebirse como una entre las muchas posibilidades humanas de determinar el propio género”<sup>23</sup>.

En el fondo, la persona homosexual se sabe distinta, anómala, y esa sensación no suele ser agradable. La etiología de la homosexualidad puede ser muy variada –aunque si hay algo claro hasta el momento, es que no se ha encontrado un gen responsable de ese trastorno<sup>24</sup>–, y las influencias que determinan su aparición pueden actuar durante fases diversas de la vida de las personas, y contar o no con su consentimiento: hay homosexuales que se inician como adultos de modo voluntario en esa forma de vida y otros que lo son de modo involuntario a consecuencia del enfoque de su socialización primaria. La vuelta a la normalidad puede resultar difícil –aunque a la vez hay una abundante experiencia que indica que se puede lograr<sup>25</sup>–, y muchos ni siquiera la quieren. Esa sensación de anomalía desaparecerá si antes lo hace la propia noción de normalidad. Si ya no hay una referencia normal, canónica, todas las opciones se vuelven equivalentes. En el caso de la sexualidad esto significa equiparar la tradicional heterosexualidad con las diversas orientaciones posibles: homosexualidad, bisexualidad, transexualidad, además de otras variantes, y con la dimensión añadida de la transición: ninguna de esas orientaciones, que se eligen libremente, debe entenderse como una condición permanente. La Comisión Australiana de Derechos Humanos (AHRC) enumera las siguientes identidades de género: *transgender*, *trans*, *transexual*, *intersex*, *androgynous*, *agender*, *cross dresser*, *drag king*, *drag queen*, *genderfluid*, *genderqueer*, *intergender*, *neutrois*, *pansexual*, *pan-gendered*, *third gender*, *third sex*, *sistergirl* y *brotherboy* (las dos últimas son propias de los aborígenes y de los nativos de las islas Torres Strait).

Esta proliferación lleva a la ampliación de las clásicas siglas LGBT, que se convierten ahora en LGBTQI, para incluir las categorías “*queer*” e “*intersexual*”.

De ahí la notable importancia simbólica, que no real, del debate que tuvo lugar en España hace unos años sobre la transexualidad y la identidad de género. Una vez más, España ha sido pionera en el mundo y ha aprobado una ley que permite el cambio de género por una simple decisión voluntaria, al margen de la biología. Como en tantas otras ocasiones, el papel del *Boletín Oficial del Estado* soporta cualquier cosa<sup>26</sup>. Interesa hacer todo lo posible para otorgar carta de naturaleza a esas otras orientaciones sexuales.

El Gobierno argentino es seguramente menos imaginativo que el australiano, pero no le va a la zaga en la determinación por implementar políticas similares. “Impulsa el Gobierno una ley que permite el cambio de sexo”, titulaba el periódico *La Nación* el pasado 18 de septiembre. Y en las páginas 1 y 23 continuaba: “En línea con la idea de profundizar el “modelo progresista”, el gobierno de Cristina Kirchner dio luz verde a un proyecto de ley en el Congreso que otorgará el derecho al cambio de sexo en el país con una intervención quirúrgica, y también a tramitar el DNI con una nueva “identidad de género”, ya sea con o sin previo tratamiento médico. Incluso, podría obligar a las empresas de medicina prepaga y a las obras sociales a cubrir la “reasignación sexual”... Según supo La NACIÓN de altas fuentes oficiales, el proyecto supone un paso más en la “batalla cultural” del kirchnerismo hacia un “progresismo moderno”... La tramitación de la nueva identidad sexual -rectificación de género- será ante el Registro Nacional de las Personas (Renaper)... Las personas podrán adoptar un nombre de otro sexo y conservar el apellido si consignan en la declaración jurada que se sienten psicológicamente del género opuesto”.

Parece que los signos de los tiempos son favorables a la causa de la ideología de género, aunque el objetivo que se ha marcado el movimiento es muy

ambicioso y ni siquiera la estrategia mejor diseñada puede asegurar el triunfo de la revolución. En algunos medios del activismo reina una sensación de victoria. Cuando en el verano de 2007 se estrenó en Estados Unidos con gran éxito la serie televisiva *Rick & Steve*, una especie de *South Park* en versión *gay* protagonizada por *the happiest gay couple*, el crítico de televisión del *New York Times* lanzaba emocionado las campanas al vuelo y sentenciaba categórico: “*Rick & Steve* es la prueba más poderosa de que un lado ha ganado”. Pero no hay que olvidar que Nueva York o California no representan ni mucho menos la totalidad de los Estados Unidos. Basta recordar el vapuleo electoral sufrido por el activismo *gay* en las votaciones realizadas en diversos estados con ocasión de las elecciones legislativas: a pesar de los millones invertidos por la causa *gay* en sofisticadas campañas de opinión, una clara mayoría de los ciudadanos estadounidenses sigue pensando que el matrimonio es sólo de hombre y mujer. Y en aplicación de una ley física tan básica como la de acción y reacción, mucha gente empieza a reaccionar ante la agresividad de los *lobbies* homosexuales. Por ejemplo, los bomberos de San Diego, que han llevado a los tribunales a sus superiores por haberles ordenado que participaran, vestidos de uniforme, en la *Gay Pride Parade*.

## **Conclusión**

¿Cuál será el desenlace de esta batalla? ¿Podrá la acción concertada de la clase política y mediática cambiar los modos de pensar de la mayoría de la población? La presión de la corrección política y fenómenos del tipo de la *espiral del silencio*<sup>27</sup> hacen que políticos o periodistas que, en principio, deberían oponerse al activismo *gay*, callen por miedo a ser tildados de retrógrados.

Mientras los grandes de la política o de la comunicación actúan con agresividad o callan con complicidad, la oposición a esa nueva cultura oficial se

refugia en pequeñas formaciones políticas alternativas o en medios de escasa difusión, aunque la tecnología en forma de Internet acude en ayuda de su causa, y la mayoría silenciosa empieza a despertar y aprende a movilizarse en la calle. Habrá que seguir con atención el desarrollo del clima de opinión a este respecto. Los promotores del cambio o “ampliación de derechos” se emplean a fondo y cuentan con abundantes recursos. Según indican las sucesivas encuestas de opinión, crece el apoyo popular a esas políticas, aunque conviene tener presente una salvedad: mucha gente dice estar de acuerdo con esas medidas en abstracto, mientras que en su conducta práctica opta por modelos más bien tradicionales o conservadores. Se da en nuestro caso una llamativa discrepancia entre lo que se piensa y lo que se hace, aunque resulta indudable que el afianzamiento de esas nuevas ideas podría inducir a medio y largo plazo un cambio en los comportamientos. ¿Conseguirán los ideólogos del género su objetivo revolucionario? Lo dudo, pues la realidad o la naturaleza no dejan de existir por mucho que los diarios oficiales e influyentes medios de comunicación se empeñen en lo contrario. ¿Cómo puede considerarse natural un comportamiento que, en caso de generalizarse, provocaría la extinción de la especie humana? ¿No merece el género humano una suerte al menos igual a la de los pingüinos africanos del zoo canadiense? Como decía el torero clásico *El Gallo*, “lo que no puede ser no puede ser, y además es imposible”.

---

<sup>1</sup> Durante su visita oficial a España, la Presidenta Bachelet manifestó que la agenda de Zapatero era la suya.

<sup>2</sup> *El País*, 1 de julio de 2007, p. 46.

<sup>3</sup> *El Mundo*, 5 de agosto de 2007, p. 9.

<sup>4</sup> El diario digital *forumlibertas.com* publicaba el pasado 18 de noviembre la siguiente noticia: «Un zoológico de Toronto (Canadá) se ha visto obligado a dar explicaciones de por qué separó a una pareja de pingüinos ‘gays’ para no pecar de ser políticamente incorrectos. Unos días antes, la pareja formada por dos pingüinos africanos macho de este zoo fueron separados para que pudieran fertilizar a sus compañeras hembras. Ahora, la dirección del centro asegura que los pingüinos ‘gays’ estarán separados sólo por “un corto periodo de tiempo”. Los responsables del zoológico dicen que cuando los pingüinos hayan conseguido su objetivo de fertilizar a sus compañeras podrán hacer “lo que quieran”. De hecho, los cuidadores “nunca se entrometerán” en su reunificación una vez cumplan con sus fines reproductivos, añaden. El zoo explica en su página de

---

Facebook que “Pedro y Buddy juegan un papel clave en ayudar a asegurar un largo futuro a los pingüinos africanos, que actualmente son una especie amenazada”. El primero tiene diez años, mientras que Buddy le dobla en edad”. Interesante, el conflicto que podría llegar a plantearse entre ecologistas y homosexuales.

<sup>5</sup> De Beauvoir, S. (1955) *Le deuxième sexe (II)*, Paris, Gallimard, 86ª edición, p. 13.

<sup>6</sup> Cfr. *Ibid.* La traducción es mía.

<sup>7</sup> De Beauvoir, S. (1955) *Le deuxième sexe (I)*, Paris, Gallimard, 102ª edición, p.19.

<sup>8</sup> De Beauvoir, S. (1955) *Le deuxième sexe (II)*, Paris, Gallimard, 86ª edición, pp. 290–343.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 290. No deja de ser llamativo que el capítulo dedicado a la maternidad arranque con una extensa defensa del aborto: “Nada más absurdo que los argumentos invocados contra la legalización del aborto. Se pretende que es una operación peligrosa...” (p. 291).

<sup>10</sup> La historia se recoge en Colapinto, J. (2001) *As nature made him. The Boy who was raised as a girl*, New York, Harper Collins.

<sup>11</sup> Habría que relativizar el alcance de la cirugía del cambio de sexo. Cedo la palabra a George Burou, cirujano de Casablanca (Marruecos) que ha realizado esa operación a más de 700 pacientes, norteamericanos en su mayoría: “I don’t change men into women. I transform male genitals into genitals that have a female aspect. All the rest is in the patient’s mind”. Raymond, J. (1994) *The Transsexual Empire: The Making of the She-Male*, New York, Teachers College Press, p. 10.

<sup>12</sup> Por ejemplo, en él se apoya la más destacada activista lesbiana de la época, Kate Millet. Cfr. Millet, K. (1970) *Sexual Politics*, New York, Doubleday.

<sup>13</sup> Kirk, M. y Madsen, H. (1990) *After the Ball: How America Will Conquer its Fear & Hatred for Gays in the 90s*, New York, Penguin.

<sup>14</sup> Conviene tener en cuenta que el activismo *gay* no representa ni mucho menos a la totalidad de la población homosexual. Muchos homosexuales llevan una vida discreta, lejos de toda estridencia y sin buscar polémica. Entre ellos se cuentan también no pocos “famosos”. Por ejemplo, el cineasta Franco Zeffirelli confiesa que es homosexual, pero no *gay*, y se declara católico y opuesto al matrimonio *gay*.

<sup>15</sup> *HIV among Gay, Bisexual and Other Men Who Have Sex with Men*, en [www.cdc.gov](http://www.cdc.gov)

<sup>16</sup> Por ejemplo, el *lobby* canadiense *Rainbow Health*, especializado en “salud *gay*”, reconoce que: la esperanza de vida de los *gays*, lesbianas y bisexuales es veinte años menor que la del canadiense medio; la tasa de suicidios entre los homosexuales y bisexuales es entre dos y catorce veces más alta que entre la población canadiense en general; la tasa de alcoholismo entre los GLB es entre 1,3 y 3 veces más alta que entre la población general; los GBL consumen drogas ilegales entre 1,6 y 19 veces más que los canadienses en general; las lesbianas registran mayor riesgo de cáncer de pecho, etcétera (cfr. <http://www.rainbowhealth.ca>).

<sup>17</sup> El último informe registra con preocupación un descenso en el número de personajes homosexuales presentes en las series: de 23 roles en 2010 se habría pasado a 19 en 2011, el primer descenso en los últimos seis años. El estudio analiza la programación de los cinco canales televisivos más importantes (*ABC, CBS, The CW, NBC* y *FOX*).

<sup>18</sup> Cuando se escriben estas líneas, el candidato del Partido Popular, Mariano Rajoy, ha obtenido la mayoría absoluta en las elecciones generales del 20 de noviembre de 2011, pero todavía no ha tomado posesión como nuevo Presidente del Gobierno. Su primera tarea será afrontar la delicada situación económica que atraviesa el país, pero hay también expectativa por ver lo que hará con las políticas de género impulsadas por su predecesor.

<sup>19</sup> Un buen número de los matrimonios homosexuales contraídos en España tienen un cónyuge extranjero. Hay motivos fundados para pensar que se trata de un expediente para lograr la nacionalización de inmigrantes. En este contexto se inscribe como ejemplo destacado el caso del portorriqueño Enrique Martín Morales, conocido artísticamente como Ricky Martin, al que el Gobierno ha otorgado el 4 de noviembre de 2011 la nacionalidad española. El portavoz José Blanco declaraba al término de la reunión del Consejo de Ministros que “el Gobierno se congratulaba por el hecho de que el cantante quisiera compartir la nacionalidad española con todos nosotros”. Parece que la solicitud de Ricky Martin obedece a su deseo de contraer matrimonio con su pareja, el economista Carlos González.

<sup>20</sup> Para un análisis filosófico del concepto de naturaleza, cfr. Spaemann, R. ( ) *Das Natürliche und das Vernünftige*

<sup>21</sup> Butler, J. (2006) *Deshacer el género*, Barcelona, Paidós, p. 22.

---

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 52.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 114.

<sup>24</sup> El afán por encontrar ese gen de la homosexualidad, para poder atribuirle así un origen natural, indica que esos activistas no las tienen todas consigo y que, en el fondo, saben que su inclinación no es natural.

<sup>25</sup> Muchos de esos regresos a la normalidad tienen lugar de modo discreto, pero algunos adquieren una considerable repercusión. Es el caso de Michel Glatze, famoso activista *gay* y editor de *Young Gay America*, que, después de años de militancia exitosa en la primera fila del movimiento *gay*, ha abandonado ese estilo de vida: “En mi experiencia, salir del armario de la influencia de la mentalidad homosexual fue la experiencia más liberadora, hermosa y asombrosa que he tenido en toda mi vida”(cfr. <http://wnd.com>). Una peripecia muy similar es la de Charlene Cothran, fundadora y editora de la revista lesbiana *Venus Magazine*, convertida ahora en una revista cristiana que anima a las lesbianas a cambiar de vida. Cfr. <http://venusmagazine.org>. Lo que es posible en Estados Unidos resulta más difícil de lograr en Cataluña. La Consejera de Sanidad del Gobierno catalán, Marina Geli, abrió en 2010 un expediente informativo contra la Policlínica Tibidabo de Barcelona, por ofrecer terapia para tratar la homosexualidad. Ese Gobierno, integrado por una coalición de socialistas, republicanos de izquierda, comunistas y verdes, se convirtió en el más decidido defensor del homosexualismo político, con medidas como la creación de una fiscalía especial contra la homofobia o la incorporación de Cataluña a la Internacional Gay y Lesbiana. Barcelona y otras localidades catalanas, como Sitges, se han convertido en capitales europeas de la homosexualidad y en destino privilegiado del turismo *gay*. El nuevo Gobierno autonómico, que asumió después de las elecciones de noviembre de 2010, ha empezado a anular algunas de esas medidas.

<sup>26</sup> No hay espacio para analizar un rasgo compartido por Chile y España: el fetichismo de la ley, pensar que los problemas sociales, por muy enrevesados que sean, se arreglan con nuevas leyes. De modo simultáneo, en España se ha aprobado una modificación de la Constitución para fijar un techo al déficit público (eso sí, a partir del año 2020) y en Chile se discute la posibilidad de “anclar” en la Constitución la garantía de una educación de calidad. Hay que tener una notable ingenuidad para creer que una modificación de ese tipo tendrá por sí sola alguna repercusión en la realidad social.

<sup>27</sup> Baltasar Gracián supo anticipar las tesis de la teoría de la *espiral del silencio* al sentenciar con su proverbial agudeza: “Antes loco con todos que cuerdo a solas”.